







LUZ Y FUERZA

ARIEL IDEZ

- Ilustrado por: **PAULA PELTRIN**

Idez, Ariel

Luz y fuerza / Ariel Idez ; edición literaria a cargo de Inés Kreplak y Marcos Almada; ilustrado por Paula Peltrin. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015.

84 p. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 21)

ISBN 978-987-3772-29-0

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, Inés, ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Peltrin , Paula, ilus. IV. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 19/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



ARIEL IDEZ

BUENOS AIRES, 1977. Es escritor, docente y periodista. Publicó *Literal. La vanguardia intrigante* (2010), *No vas a ser astronauta* (2010) y *La última de César Aira* (2012). Participó en las antologías *Karaoke* (2012), *Escribir después* (2012), *Nunca menos* (2013) y *La última gauchada* (2014).



PAULA PELTRIN

BUENOS AIRES, 1970. Es profesora Superior de escultura y profesora Nacional de grabado. Estudió en Prilidiano Pueyrredón, y en Ernesto de la Cárcova y egresó del Profesorado de Artes Visuales del ISSA en la especialidad grabado. Realizó diversas muestras colectivas e individuales como: *Espacio Caloi*, *proyecto Historietas por la Identidad Programa de Derechos Humanos*,

Abuelas de Plaza de Mayo, Proyecto postales de difusión de derechos en cárceles, Salón Manuel Belgrano del Museo Sívori, Encuentro federal de la palabra, Homenaje a Germán Oesterheld, V Festival Cervantino de Argentina, Ciudad de Azul y Proyecto Magnéticus. Participó en *Ilusorias*, obra colectiva sobre la novela *Los Sorias*” de Alberto Laiseca. Actualmente se desempeña como docente en el IUNA, en el ISFA “Manuel Belgrano” y en el Profesorado de Artes Visuales del ISSA.

— **EL CLUB DE LOS MUTILADOS**



No hace falta que explique cómo logré mi ingreso al club de los mutilados ¿Quién necesita un meñique? Siempre tuve ganas de formar parte desde que aquel rengo me refiriera la existencia de la organización. Una tarde, sin nada mejor que hacer, cuchillo de cocina, tabla de cortar fiambre, una ligera presión

y ¡tac! el ruidito seco del filo contra la madera. Torniquete y a otra cosa. Con las pruebas en la mano, o fuera de ella, me presenté a las puertas del club y tuve la buena fortuna de ser admitido. De aquellos tiempos soñados a estos días las cosas han cambiado ¡Y cuánto! El ingreso de un cirujano hizo mucho por el desarrollo de la institución y la mejora de la calidad de vida de sus miembros. Claro que hubo que luchar contra los improvisados, los románticos, los conservadores de siempre que nunca faltan



para obstaculizar o incluso impedir el progreso de un proyecto que avanza en pos de su perfeccionamiento. Amantes de las infecciones, cultivadores de pústulas, impulsores de las cuchillas oxidadas, advenedizos de la falta de asepsia, exhibicionistas de costurones con hilo sisal, mártires del tétanos. A cuánta gente equivocada hemos tenido que explicarle la auténtica naturaleza de nuestra confraternidad para que busquen por ahí a otros insensatos que les hagan el juego a sus perversiones. El cirujano,

digo, nos permitió dar un salto de calidad. El único inconveniente era que había que estar constantemente convenciéndolo de la inconveniencia de que se extrajera las manos. Soy el único integrante de este club cuyas libertades están coartadas, se quejaba amargamente. Sí, el cirujano fue de gran utilidad, hasta que nos abandonó el día en que se separó la cabeza del tronco. Conservé las manos, dejó escrito en su amarga nota de despedida. Gracias por todo, doctor. Su contraejemplo animó el espíritu de



una nueva regla: con la cabeza, no. Un miembro del club protestó: el doctor no se había extirpado la cabeza del cuerpo sino el tronco de la cabeza. Nunca faltan estos embrolladores que nos conducen a estériles discusiones bizantinas y entuertos filosóficos de mano cortada mano cortante. La idea estaba clara: una agrupación de mutilados no debería confundirse jamás con una de suicidas. Nuestra intención (aunque suene paradójico) es sumar miembros, no perderlos por el camino. Ahora sancionamos

la mutilación seguida de muerte con la expulsión de la nómina. Igual nada puede reprochársele a nuestro galeno, antes de partir dejó organizada una aceitada estructura de quirófanos clandestinos, montados en hospitales inaugurados por un fraudulento Estado Benefactor que nunca los equipa para su funcionamiento, anestesistas, médicos y enfermeros inescrupulosos capaces de cualquier cosa por dinero (y dinero es lo que nos sobra). Al tiempo incluso abaratamos costos con el ingreso de estu-



diantes de medicina ávidos de foguearse en el siempre difícil oficio de abrir y cercenar cuerpos.

Debo admitir que mi actuación en el club a lo largo de estos años ha sido crucial. Espero que no se tome esta declaración como obra de una personalidad megalómana. No es mi intención trazar un panegírico de mi persona, pero tampoco voy a hacer usufructo de un ejercicio de falsa modestia que ningún favor le hace a la verdad de los hechos.

Si los socios del club han levantado sus manos, piernas o algún otro miembro disponible para elegirme como portavoz de la institución en esta hora dramática, en la que nos vemos víctimas de una campaña sucia de la prensa y sufrimos la persecución de las autoridades que, por desconocimiento e ignorancia siempre han dificultado el normal desenvolvimiento de nuestras actividades condenándonos a la clandestinidad y al anonimato, he de honrar esa responsabilidad que han depositado sobre mis



hombros detallando mi activo rol en la institución para que la sociedad conozca sus actividades a través de nuestra propia voz y no por medio de versiones distorsionadoras de la realidad, que insisten en calificarnos con el apelativo de “masoquistas”, “sádicos” o directamente “monstruos”. Y si mi trayectoria ha sido ejemplar es porque siempre, desde el primer momento, he honrado la filosofía del Club de los Mutilados, que promueve el desprendimiento, fomenta el empeño ante la adversidad e impulsa ir

contra la dificultad. Mi preeminencia en la institución se debe a mi audacia para plantearme siempre nuevos desafíos: apenas demostré mis dotes de orador me arranqué la lengua, ni bien dominé el lenguaje de las señas despedí a mi mano izquierda, cuando me elogiaron por mis escritos me amputé la derecha, el día que el secretario adjunto se acercó a mí arrastrándose por el suelo como una víbora y elogió la profundidad de mi mirada me sentí obligado a empezar a usar un parche pirata. Prác-



ticamente no me he guardado nada, me he entregado por entero a la mutilación. Esta febril actividad me ha hecho ganar cierta estatura “moral” dentro del club que me permitió terciar con diversas líneas internas que surgieron a lo largo de estos años y que, en mi humilde opinión, no habrían hecho otra cosa más que desviar a la institución de los honorables ideales que la animan desde su fundación. Así fue que combatí a la línea interna (extracción de órganos) a la economicista (que proponía financiar

la institución a través del esponsoreo de ortopedias y la experimentación con implantes biónicos) a la higienista (prevención de tumores, fortalecimiento del espíritu) y a la guerrillera (rapto y mutilación de figuras públicas para difundir nuestro mensaje). A todas les di batalla y las vencí en la arena de nuestras asambleas públicas. Si me preguntan qué beneficio legamos a la comunidad diré que ninguno, pero tampoco la perjudicamos en absoluto. No hacemos más que subrayar la soberanía que cada uno ejerce



sobre su propio cuerpo: somos libres de amputarnos lo que nos dé la gana. No nos proponemos como un ejemplo para la sociedad ni un modelo para la juventud aunque creo que muchos podrían aprender valiosas lecciones de nuestras experiencias. Incluso me atrevo a mencionar como un beneficio complementario la vasta experiencia que han adquirido esos cirujanos mercenarios que comenzaron trabajando desde jóvenes para nosotros y que hoy han puesto a nuestro país en un lugar de lideraz-

go en el campo de los trasplantes y los reinjertos de miembros mutilados. Precisamente a raíz de los progresos que han realizado nuestros profesionales ha surgido una nueva tendencia entre nuestros socios más jóvenes que desde ya no apruebo. Me refiero, claro está, al cambio de miembros: pierna derecha por pierna izquierda, brazo izquierdo por brazo derecho, mano derecha por mano izquierda. Comprendo menos aún a los que se han amputado el brazo y se lo han vuelto a colocar en



lugar de la pierna. Aunque no condeno estas prácticas creo que no están a la altura de nuestros ideales, tal vez estos muchachos deberían agruparse por su cuenta y dejar de usufructuar la estructura de nuestra organización, porque su presencia ha sido inevitablemente percibida por la sociedad y el orgullo con el que han proclamado su condición de socios (distribuyendo remeras, gorros y prendedores con un logo que, debo aclarar, no ha sido convalidado por la institución) ha puesto sobre el candel-

ro nuestras prácticas y ha fijado los ojos de la ciudadanía sobre una entidad que lleva años realizando sus actividades sin afectar el normal desenvolvimiento de la sociedad en la que se inserta y con la cual convive en total armonía. Por eso aclaro que intimaremos a esos jóvenes no solo a que se amputen los miembros reinjertados contra natura sino también a que abandonen toda militancia, sosieguen sus maneras y vuelvan a confundirse con los mutilados convencionales o abandonen nuestra institución y no



vuelvan a identificarse como miembros activos de ella.

Para finalizar he redactado un párrafo esclarecedor, que hecha luz sobre esta cuestión a la vez que resulta un conmovedor llamado a la defensa de nuestra libertad para amputarnos, organizarnos y existir, pero fiel a nuestra filosofía termino el presente escrito acá.



PRINCIPIOS



Abrió los ojos apenas el sol empezó a rayar el alba. Arrastraba esa costumbre desde chico: por muy tarde que se acostara no podía dormir más allá de las primeras luces. Se incorporó de la cama, dejando una hondonada en el colchón de estopa y caminó hacia la ventana. Descorrió el cerrojo de la ce-

losía y la abrió de par en par. Aspiró el aire frío, apoyó una mano sobre la baranda metálica del balcón francés y la sintió mojada por el rocío que dejaba la noche a su paso. La claridad se adivinaba en un fulgor allá a lo lejos, que hacía temblar las aguas del río. El hotel era confortable. Cualquier cosa lo habría sido comparada con los catres de campaña, las taperas y hasta los pajonales que lo habían visto hacer noche en el último año. No era momento para andar reclamando comodidades, pero



se merecía –pensaba– estos meses de sosiego y de reposo antes de su último acto de servicio. Se había hospedado con su nombre, porque era vano disimular su identidad; la ciudad era un pago chico en el que todos se conocían y tratar de ocultarse habría levantado más sospechas todavía. Soplaban aires de reconciliación general: los vencedores se permitían el lujo cristiano y señorial de la piedad y ofrendaban el perdón como quien arroja limosnas a los pobres. Así fue que él aprovechó para

escondese a la vista de todos, de cara a su enemigo a quien veía –o intuía– cada vez que abría de par en par esa ventana; su presencia penetraba en la habitación como las frías cuchillas de la alborada. De todas formas no salía del cuarto más que para lo imprescindible: comía en el restaurante o se hacía llevar la comida y el botones, a cambio de una generosa propina, le procuraba los vicios: yerba, tabaco y ginebra. No quería que lo vieran merodeando sin motivo; prefería que se acostumbraran a su silueta en la



ventana, como una esfinge que espera la resolución del acertijo. Tampoco mantenía correspondencia. Ni siquiera con Jordan, de quien se había separado abruptamente alegando la necesidad de ocuparse de asuntos personales. No podía enterarlo de sus propósitos sin involucrarlo. Tenía que hacer lo que tenía que hacer a título personal y además... además era un telar de intrigas, la patria. En nadie se podía confiar. Solo había recibido la visita del Oriental que un día golpeó a su puerta. Lo atendió

con la mano tanteando la empuñadura en la espalda. El Oriental tenía nombre de gringo y dijo que venía para traerle un libro que le estaba dedicado. Charlaron un rato de esto y aquello mientras él lo medía para saber si no era un espía que le mandaban de enfrente para interrogarlo. Al marcharse le dejó un folleto mal impreso que lo alivió unas horas y le aflojó los recuerdos. Ahí fue que se le desataron las voces y le empezaron a resonar en la cabeza. Las venía escuchando desde chico, cuando acom-



pañaba a su padre en el trabajo. Pero esa mañana –pensaba mientras le sacaba filo al cuchillo– al fin se acallarían. Lo tenía practicado en el espejo del cuarto: cómo llevarlo disimulado en la manga, cómo desenfundarlo y hundirlo en la tripa en un solo movimiento. Tenía que ser rápido, eficaz, letal. No habría segunda oportunidad cuando fuera lanceado por el edecán. Filo con filo y que esa sangre abone la tierra, alivie la desdicha de tantos, libere las voces, desate la rebelión. Engrasaba la hoja del

metal oscurecido por tanta sangre –de hombres y animales– y sentía el rechinar ritmado del filo contra la chaira de piedra. Se punzó el dedo y vio el punto rojo crecer en la yema, desbordarla y caer como un grueso lagrimón sobre el listón de madera. Alzó el facón. Se lo había dado aquel peón de su padre que le había tomado cariño, después de prestárselo para que carneara su primer ternero “guacho como usted”. Era la primera vez que hundía un cuchillo en la garganta y todavía recordaba los



ojos del animal, el calor de la sangre manando por la herida y corriéndole por el puño apretado. Matar a un hombre es intimar con él, llevarlo adentro hasta el fin de los días. Eso también se lo dijo aquel hombre, que cargaba con el alma de todos los cristianos que había despenado y que por eso no podía aquerenciarse en ningún lugar, porque las almas lo encontraban y se le metían en los sueños y no lo dejaban dormir. “Tenga –dijo– mi cuchillo. Algún día usted le va a saber dar buen uso”. A la

mañana siguiente se había ido, enganchado con un arreo que iba para Ayacucho. Después alguien de por ahí le dijo que lo había muerto un matrero con el que se batió. “Si yo hubiera elegido este cuchillo en vez del florete en el duelo con aquel oficial”, pensaba y sin darse cuenta llevaba la mano a tantearse una cicatriz que tenía la forma de la infamia. Pero no más derrotas, ahora él daría la última puntada. A la tarde, en el cambio de guardia. Pero el tiempo no pasaba, no se le daba el apetito, estaba



fría la pava. Tomó otra vez el cuchillo, que había dejado al lado de la pluma y el papel donde dejaría asentadas sus razones, una carta en el bolsillo y otra copia en el cuarto dentro de un sobre lacrado con su nombre. Estudió el filo agudo del facón y al darlo vuelta, sobre el lomo de la hoja, algo inadvertido, que siempre había tomado como un calado desprolijo o la mella del uso. Echó mano a los quevedos que usaba para corregir las pruebas de imprenta cuando tenía su diario, aproximó el facón hasta sen-

tir el frío del metal tocándole la punta de la nariz y entonces, por primera vez, leyó:

Aquí me pongo a cantar.



INNING



El primer día hábil de Septiembre Marcela fue a inscribirse al gimnasio de su barrio. Cuando le dieron el folleto comprobó que aún continuaban dictando la clase de Aero Local que ella tomaba el año anterior y pagó la matrícula. Pero al día siguiente, cuando se presentó con sus calzas nuevas y sus zapatillas

con cámara de aire, le informaron que el folleto estaba desactualizado y que en ese horario ahora se dictaba Inning.

—¿Qué?

—Inning, —respondió el instructor, un pelado de porte atlético que debía rondar los cuarenta años—. El Inning, —prosiguió explicando con retórica de prospecto— al contrario del resto de las disciplinas, consiste en desarrollar la máxima inmovilidad para despertar el control interior.

Marcela no entendió una palabra,



pero ya que estaba ahí decidió darle una oportunidad. La clase, si podía llamarse de esa manera, consistía en permanecer estático en la misma posición, atento a las indicaciones del profesor que se limitaban a una palabra pronunciada con voz suave y armoniosa: “respiración” “piel” “latidos”. Marcela cerró los ojos junto a otras ocho personas al inicio de la clase. Cuando los abrió una hora mas tarde descubrió que se había quedado sola junto al profesor, con las piernas cruzadas sobre el parqué frío del salón

de gimnasia.

Las dos semanas siguientes transcurrieron de la misma manera. Una considerable cantidad de gente se acomodaba al comienzo de la clase, como sucede con toda nueva disciplina física en horario central, pero era indefectiblemente Marcela la única en abrir los ojos ante la última instrucción del profesor: “párpados”. No es que la clase la apasionara, de hecho no se la había recomendado a ninguna de sus amigas ni pensaba hacerlo. Tampoco percibía ningún resul-



tado concreto que permitiera acreditar los beneficios de esa actividad; la balanza seguía acusando los dos kilos de más que había ganado durante la temporada de invierno. Pero al término de esa hora al menos lograba relajarse y cedían las tensiones acumuladas durante la penosa jornada laboral. Además, ya había pagado el mes por adelantado y no llegaba a la clase del horario anterior. El resto de los socios del gimnasio se quejaban con vehemencia y acusaban al instructor de estafador y charlatán. Pero el dueño del

gimnasio, un campeón retirado de lucha libre, se mostraba inflexible. El profesor había acreditado un título otorgado por un maestro tibetano en un curso de un año en Palo Alto, California. Y además había firmado un contrato por un mes y tenía que respetarlo.

No fue sino hasta la tercera semana que Marcela comenzó a percibir unos inciertos “resultados” que se manifestaban en forma de ligeros cosquilleos en las zonas mencionadas por el instructor. Estos efectos imprevistos la



asustaron y le contó al profesor lo que estaba experimentando.

–Excelente, –dijo el profesor– estás aprendiendo muy rápido.

–¿Aprendiendo qué?

–A dominar tu cuerpo. Esa es la clave del Inning: activar el tejido del sistema nervioso y tomar el control de las fibras musculares lisas, mal llamadas “involuntarias”, para hacer concientes todos los procesos corporales.

A partir de ese día, Marcela se entusiasmó tanto que, no conforme con la

hora diaria, comenzó a practicar por su cuenta. Después del almuerzo se encerraba en el baño de la oficina por el lapso de quince minutos, al punto que sus compañeras empezaron a abrigar la sospecha de que sufría anorexia. A la mañana ponía el despertador media hora más temprano que de costumbre y dedicaba esos treinta minutos extras al Inning. El profesor la felicitaba a diario por sus progresos. A mitad de la cuarta semana cambió el talante de sus instrucciones y dijo: “bíceps” “tríceps”



“cuadriceps” “isquiotibiales” “glúteos” y al terminar la clase Marcela descubrió que estaba bañada en sudor. Al día siguiente el cuerpo le dolía tanto como si hubiese corrido una maratón. Apenas si podía moverse en la cama sin lanzar un alarido de dolor. Pero entonces tuvo una idea: practicó Inning con el propósito de recorrer todos los grupos musculares mencionados el día anterior y ordenarles que se distendieran y se relajaran. Cuando bajó a tomar el desayuno se sentía como nueva.

Al finalizar el mes, como era de esperar, la clase de Inning fue levantada y Marcela se encontró con su vieja profesora que saltaba frenética al tiempo que gritaba ¡Vamos chicas! frente a un auditorio colmado de entusiastas mujeres dispuestas a sacrificarse por una buena silueta. Pero a ella no le importó. Solo lamentó no haber podido despedirse de su profesor. Volvió a su casa y se encerró en su cuarto a practicar Inning por su cuenta. La atractiva figura que comenzó a exhibir días más tarde no ha-



cía sino acrecentar las sospechas de sus compañeras que esperaban ansiosas las primeras manifestaciones de la anorexia. Pero el tiempo transcurría y su perfil no se tornaba cadavérico, la piel no se ajaba como un papiro ni se volvía pálida, todo lo contrario: lucía un tinte cobrizo muy difícil de obtener en octubre. Incluso se podría afirmar que hasta las incipientes tramas de arrugas que habían comenzado a formarse al costado de sus ojos habían retrocedido para dejar en su lugar una piel lisa y tirante. Si acaso

aún seguían murmurando y confabulando en su contra era por su carácter, que se había tornado frío y taciturno. Ya no hablaba con nadie a no ser que se viera obligada a hacerlo. Se desentendía de su trabajo y se ausentaba durante la hora del almuerzo. En el transcurso de esos días una de sus compañeras tuvo que abandonar la oficina al mediodía para atender un trámite y cuando regresó contó que la había visto en la plaza que está a tres cuadras de la oficina: “Estaba sentada en un banco, con los ojos cerra-



dos. Quieta como una estatua”.

A todo esto Marcela continuaba experimentando las posibilidades del Inning. Un sábado su novio la llamó y le dijo que no podía salir con ella esa noche porque pensaba asistir a la despedida de soltero de un amigo. Marcela le dijo que no se hiciera problema y apenas cortó la comunicación se encerró en su pieza y aplicó el Inning a sus zonas erógenas. Al décimo orgasmo consecutivo se obligó a parar porque temía que su corazón no resistiera tanta intensidad, aunque bien

pudo haberle exigido que resistiera. Lo cierto es que el lunes siguiente citó a su novio y le dijo que ya no quería verlo más. Ante la desesperación, los reproches y los pedidos de explicación del muchacho ella se limitó a decir:

–Vos no podés darme lo que yo necesito.

–¿Y cómo se llama? ¡Por lo menos decime quién es ese hijo de puta que te da todo lo que necesitás!

–Yo misma, –dijo Marcela sin variar el tono de voz– me lo puedo dar yo



misma.

Unos días más tarde empezó a practicar Inning justo antes de quedarse dormida y descubrió que podía interferir en sus sueños y orientarlos en la dirección que deseara. Y lo que era aún mejor, después descubrió cómo provocarse sueños a voluntad y con los ojos abiertos. A veces permanecía una hora frente a la pantalla del monitor sin pestañear, como un pez ante el linde cristallino de la pecera. No tardaron en echarla del trabajo por incompetente. Pero

no le importó. Ella podía mantenerse comiendo frutas secas y legumbres crudas, si la situación lo requería. Lo que sí se modificó fue su rutina. Ya no volvió a buscar trabajo. Por las mañanas visitaba un parque cerca de su casa, buscaba un banco a la vera del sol y permanecía ahí durante horas. Una flor marchita podía convocar la suma de todas las tristezas del mundo y solo unos instantes después era capaz de experimentar la dicha infinita con una brizna de hierba que vibraba solitaria azuzada por el viento.



Eso sí, nunca se olvidaba de estimular, durante una hora diaria, todos sus músculos de a uno por vez. Así continuó hasta que una noche, harta de las interferencias del mundo exterior, se acostó desnuda en su cama y se provocó un sueño ininterrumpido que la conservó para siempre con la frialdad y el esplendor de una piedra preciosa.



CERRÁ BIEN LA CANILLA



Sé que es de noche, tarde, casi de madrugada. Sé que estoy despierto y acostado en la cama y sé que Lorena duerme a mi lado. Y sé también qué es ese ruido que estoy escuchando y no me deja dormir: sé sin lugar a dudas que es el chorrillo de la canilla floja del agua caliente. Me llega el ruido, no puedo evitarlo: se

impone al silencio blanco de la habitación y se me infiltra en el oído. Me lo imagino a partir del sonido que produce: es un chorrito de mierda, ni tan caudaloso como para conformar la columna de agua que despide la canilla cuando la abrís para lavarte ni tan tenue como para interpretar la elegante síncopa del gota a gota, un chorrito que ni fu ni fa, eléctrico, caprichoso, arbitrario, amorfo como un chocolate en rama. Y ruidoso. Lo siento impactar contra la rejilla metálica y salpicar sus esquirlas líquidas en



la bacha de porcelana blanca, la cortina, los cerámicos y el piso del baño. Son varias semanas que llevamos sufriendo el mismo problema. Se nos cagó la canilla del agua caliente. “Debe ser el cuerito”, le digo a Lorena cuando simulo estudiar el asunto y cavilar una solución. En realidad, siento que me ampara un razonamiento inobjetable: si la canilla se rompió sola ¿por qué no habría de repararse de la misma forma? Aunque puestos a pensar el problema es más de forma que de contenido. No es que la canilla pier-

da sino la manera que ha elegido para expresar su descontento. Es de día, es de noche, vos te lavás los dientes, las manos, cerrás el grifo, te mirás la cara de boludo al espejo y te mandás a mudar sin inconvenientes. Pasan unos minutos y solo entonces la canilla empieza a despedir su flujo ininterrumpido. Ignoramos cómo adquirió esa condición perversa de mecanismo retardado. Para cortar la pérdida es menester volver al baño y cerrar la llave del agua caliente con más fuerza, apretándola hasta el



último milímetro. Un par de casos de ensayo y error nos adiestraron en esta disciplina y empezamos a apretar, con saña, la perilla para evitar que viniera tiempo después a perturbarnos, o, lo que es peor, que comenzara a perder cuando nosotros estuviéramos ya fuera de casa con el consiguiente riesgo de que desbordara y nos anegara el departamento. A pesar de estar al tanto del problema, su carácter retroactivo nos forzaba a depender de nuestra memoria para prevenirlo, hasta tanto lo resol-

viéramos o nos hiciéramos el hábito de cerrar la llave a presión. Cuando esto le sucedía a Lorena, lo cual pasaba muy a menudo, no había inconvenientes, al contrario, hacía las veces de ayuda memoria porque como yo suelo acostarme más tarde, al llegar al baño para lavarme los dientes y encontrarme con el insidioso chorrito se me hacía de cuerpo presente la obligación de apretar la canilla al máximo antes de irme a dormir. Claro que a veces se presentaban excepciones desagradables, como unos



días atrás. Fuimos a dormir juntos y en esa oportunidad yo fui el último en salir del baño. Me sentía muy cansado y a los pocos minutos me invadió un poderoso estado de sopor, señal inequívoca del reparador sueño que sobrevendría. Me encontraba ya más del otro lado que de este cuando a través de las espesas telarañas del sueño me empezó a llegar la voz persistente de Lorena “Gustavo, la canilla, Gustavo, levántate, Gustavo pierde la canilla, Gustavo...”. Lorena me salpicó su queja hasta que el fluído de

sus palabras me horadó el sueño. “¿Por qué no la cerrás vos y me dejás de hinchar las pelotas?”. “Vos fuiste el último en ir al baño”, dijo ella con lógica inobjetable. El chorruto se dejaba oír a lo lejos como si se pronunciara a favor de la moción de mi mujer. Tomé la determinación y abandoné la cama de un salto, corrí hasta el baño (está a dos pasos), apreté la llave con todas mis fuerzas, como si cerrara la esclusa de una represa a punto de colapsar y volví corriendo a la cama para zambu-



llirme en las sábanas, pero la bronca por el descanso interrumpido me repercutía en la cabeza y me costó un huevo y medio volver a conciliar el sueño. Daba las vueltas de la vida de mi lado del colchón. ¿Por qué habrá que dormir *siempre* del mismo lado? Eso, ¿por qué? Quería preguntárselo a Lorena pero ella ya dormía a pata ancha y me humillaba con sus ronquidos.

Ahora, en cambio, soy yo el desvelado por el chorro y ella la culpable. No hay lugar a dudas. Esta noche salió con

un grupo de compañeras del trabajo y volvió pasadas las tres de la mañana. Cuando llegó, yo dormía sumido en el silencio plácido de la perilla bien apretada. Su sigilosa incursión en el lecho matrimonial me despabiló un poco, lo suficiente como para percatarme de su arribo sin llegar a la plena conciencia del desvelo. Tomé su llegada como un dato que incluso me permitía dormir aún mejor, libre de la preocupación que su ausencia podía hacer pesar sobre mi descanso. Pero cinco, diez minutos des-



pués se desencadenó la pérdida de la canilla y empecé a escuchar el ruido del agua. Al principio era un dato difuso, un sonido intermitente que se activaba y se apagaba, aunque cada vez se hacía más concreto, hasta convertirse en una presencia irrefutable: el chorrito caía, vibraba, sonaba, perdía. Sacudí a Lorena para arrancarla de su trance. Estaba en todo mi derecho: me amparaba en la ley que ella misma había sancionado. “Eh, Lorena”. Recibí un gruñido como toda respuesta. “Che, dejaste mal cerrada la

canilla, andá a cerrarla”. “No me jodás”, dijo Lorena con voz de Yeti y acto seguido giró la cabeza y la hundió en la almohada dándome drásticamente la espalda. “Lorena, Lorena”, insistí un poco más. Lorena roncaba. No era un acting, roncaba en serio, probablemente antes me hubiera respondido desde el quinto sueño y mañana no se acordara de nada, declarándose inimputable. “Así que no vas a cerrar la canilla, turra de mierda, entonces yo tampoco”. Me arrebujé en las sábanas y procuré cubrirme la ca-



beza con la frazada para amortiguar el sonido del chorruto que de todas formas me llegaba nítido, como si alguien me lo susurrara al oído y cuanto más procuraba ignorarlo más lo recortaba del fondo de silencio que reinaba en toda la casa. Entonces probé lo contrario: traté de hacer jugar al curso de agua a mi favor y me lo imaginé cascada, adorno feng shui, filtración en las paredes enmohecidas de un vetusto castillo, paredes de piedra, paredes de ladrillo, paredes blancas como las de mi casa al fondo de

un pasillo, un pasillo muy largo, camino en dirección a una luz que es la salida y la entrada. Abro una puerta. Estoy en un consultorio, hay una camilla contra la pared. Entra una enfermera de guardapolvo blanco y me increpa porque la confundí con la enfermera (es la doctora). Me pide que me pare en la balanza y me reprende por mi sobrepeso. Trato de explicarle que soy flaco y nos besamos. La doctora me baja los pantalones. Le cae una baba de la boca que rebota y hace un charco en el piso y eso me da



mucho asco. Estoy en casa de mi mamá y ella cocina milanesas. Las milanesas crepitan en la sartén. Mi mamá me pregunta cómo me fue en el médico y yo digo que bien y le pregunto si puedo ir al baño “¿qué preguntas son esas?” dice mi madre. Me paro frente a la taza del inodoro y soy presa de una tremenda angustia porque siento que estoy orinando sin haberme bajado siquiera los pantalones. Me llevo la mano a la entrepierna y la siento seca, entonces comprendo: tengo que hacer coincidir mi

orina con el chorro que ya está cayendo en el inodoro, tengo que llegar al pis que ya se está haciendo sin mí. Extraigo el miembro y ya estoy a punto de empezar cuando me contengo casi a último momento: “soñar que uno orina es la forma más certera de hacerse pis encima”. Retengo la micción y me voy caminando al baño de mi casa. Alguien me sigue, son varios. La calle está oscura. Intento correr pero mis pasos son cada vez más lentos y largos, cada vez que me despego del suelo tardo un tiempo intermina-



ble en volver a pisar, como si flotara. El aire es denso, pegajoso, los desconocidos se acercan. Me pegan un balazo en el estómago. No me impresiona el dolor, que no siento, sino el frío del metal en el abdomen. La sangre me brota mansa y transparente sobre las baldosas rojas de la terraza. Me detengo en el ruido que hace mi sangre al caer ¡Es el chorro del baño! Me levanto de la cama. Entro al baño. El agua repite su monótona música de fondo. Antes de cerrar la canilla me miro al espejo, me paso la lengua

por la boca y se me desprenden 3 muelas. Abro la boca y los molares caen sobre mi mano, uno detrás del otro, como si escupiera carozos de aceituna. Entro a la pieza con los dientes en la palma de la mano, como si llevara una bandeja, y le digo a Lorena ¡Mirá, mirá lo que me pasó! Los molares tienen forma de dados con las caras blancas. Me cubro la cara con el hombro y me largo a llorar desconsoladamente ¡cómo voy a recuperar tres dientes! Me acomete la angustia de lo irreversible. Me despierto.



Estoy acostado boca arriba. Lo primero que hago, instintivamente, es llevarme la lengua a la zona de las muelas y comprobar con ese tentáculo de molusco ciego que las piezas dentales están todas en su lugar. Me embarga una felicidad indescriptible, como si hubiera sido capaz de volver el tiempo atrás para evitar una desgracia inexorable. Entonces pienso, que poca cosa significa cerrar una canilla al lado de perder tres dientes. Me dirijo casi contento al baño, como si este fuera el módico precio a

pagar por retener íntegra mi dentadura. El chorrito está ahí, indiferente a mis pesares, insignificante en la obstinación de su presencia. Tomo la canilla con la mano derecha y la cierro victorioso con todas mis fuerzas.

Pero el agua sigue cayendo.



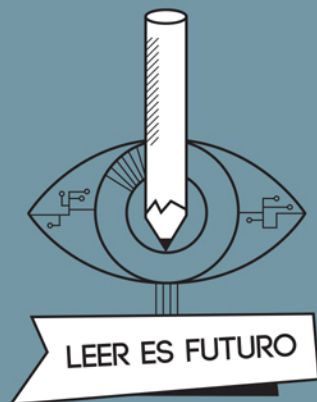
AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS
SOCIOCULTURALES
Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina